

Así acabó el famoso Mohammed ben Abdallah ben Abi Ahmer, conocido por Almanzor, despues de veinticinco años de continuados triunfos, y que hasta su muerte se había creído invencible. Lloráronle los soldados con amargura: «Perdimos, exclamaban, nuestro caudillo, nuestro defensor, nuestro padre!» Con luto y afición universal se recibió en Córdoba la nueva de su muerte, y en mucho tiempo ni la ciudad ni el imperio se consolaron; ó por mejor decir, no pudieron consolarse nunca, porque la muerte del grande hombre había de llevar tras sí la muerte del imperio. Dice nuestro cronista el Tudense, que luego que murió Almanzor se dejó ver á las márgenes del Guadalquivir un hombre en traje de pastor, que andaba gritando, unas veces en árabe y otras en castellano: *En Calatañazor Almanzor perdió el tambor*. Y que cuando se acercaban á preguntarle se ponía á llorar y desaparecía á repetir las mismas palabras en otra parte. «Creemos, añade el piadoso cronista, que aquel hombre era el diablo en persona, que gritaba y se desesperaba por la gran catástrofe que habían sufrido los moros.»

CAPITULO XIX

Caida y disolucion del califato

DE 1002 Á 1031

Justos temores y alarmas de los musulmanes.—Gobierno de Abdelmelik, hijo y sucesor de Almanzor, como primer ministro del califa Hixem.—Sus campañas contra los cristianos; su muerte.—Gobierno de Abderrahman, segundo hijo de Almanzor.—Infundado orgullo de este hagib; su desmedida ambición; hácese nombrar sucesor del califa.—Terrible castigo de su loca presunción.—Ministerio de Mohammed el Omniada y del eslavo Wahda.—Encierran al califa Hixem en una prision y publican que ha muerto.—Mohammed se proclama califa.—Le destrona Suleiman con auxilio del conde Sancho de Castilla.—Gran batalla y triunfo de los castellanos en Gebal Quintos.—Recobra Mohammed el trono con ayuda de los cristianos catalanes.—Saca Wahda al califa Hixem de la prision, y le enseña al pueblo que le creía muerto.—Entusiasmo en Córdoba: alboroto: Mohammed muere decapitado, y su cabeza es paseada por las calles de la ciudad.—Apodérase Suleiman otra vez del trono, y desaparece misteriosamente para siempre el califa Hixem.—Muere Suleiman asesinado por Alf el Edrisita, que á su vez se proclama califa.—Precipítase la disolucion del imperio: partidos, guerras, destronamientos, usurpaciones crimenes.—Últimos califas: Alf, Abderrahman IV, Alkasim, Yahia, Abderrahman V, Mohammed III, Yahia, segunda vez, Hixem III.—Acaba definitivamente el imperio Omniada.

Muy fundado era en verdad el desaliento y la afición y la pesadumbre que produjo en toda la España musulmista la nueva de la derrota de Calatañazor. Penetraba bien el instinto público que todo aquel esplendor y grandeza, toda aquella extensión, pujanza y unidad que había adquirido el califato bajo la enérgica y sabia dirección del ministro regente, había de desplomarse y venir á tierra con la muerte de aquel hombre privilegiado, que con tanta intrepidez como fortuna, con tanta maña como arrojo, y con tanta política como vigor, había elevado el imperio musulmán á la mayor altura de poder que alcanzó jamás, y reducido al pueblo cristiano casi á tanta estrechez como en los tiempos de Muza y de Tarik. Que si los defensores de la cruz no se vieron en tan escaso territorio encerrados como en los dias de Pelayo, halláronse al cabo de tres siglos de esfuerzos casi en la situacion que tuvieron en tiempo del primer Alfonso, y apenas fuera de la cadena del Pirineo podían contar con una fortaleza segura y con un palmo de terreno al abrigo de las incursiones del gran batallador. Temían los musulmanes, derribada la robusta columna de su imperio, por la suerte de la dinastía Omniada, con un califa siempre en estado de pueril imbecilidad, y sin esperanza de sucesion. Temían tambien no menos justamente lo que á los príncipes y guerreros cristianos, antes tan abatidos, habría de alentar aquel solemne triunfo.

Brindaba ciertamente ocasion propicia á los cristianos el resultado glorioso de la batalla, y mas que todo el desconcierto y descomposicion á que por consecuencia de ella vino el imperio musulmán, no solo para haberse recobrado de sus anteriores pérdidas, sino para haber reducido á la impotencia á

los sarracenos, si los nuestros hubieron continuado unidos, y en lugar de aprovecharse de las disensiones de los infieles no se hubieran ellos consumido tambien en intestinas discordias y rivalidades. Achaque antiguo de los españoles era esta falta de union y de concierto, y causa perenne de sus desdichas y de la prolongada dominacion de los pueblos invasores.

El rey Alfonso V de Leon, niño de ocho años, continuaba bajo la tutela de su madre doña Elvira y de los condes de Galicia Menendo Gonzalez y su esposa, que educaban al rey y gobernaban el reino con recomendable prudencia. El hijo de Almanzor, Abdelmelik Almudhaffar, que había ido á Córdoba con las destrozadas huestes del ejército sarraceno, fué nombrado por la sultana Sobheya (que sobrevivió un corto tiempo á Almanzor) hagib ó primer ministro del califa Hixem, el cual proseguía en su dorado alcázar, entregado á sus juegos infantiles, contento con llevar el nombre de califa y sin tomar parte alguna en los negocios del imperio. Heredero Abdelmelik de la autoridad y de algunas de las grandes cualidades de su padre, pero no de su fortuna, quiso proseguir tambien su sistema de guerra con los cristianos, y asegurado por la parte de Africa en cuyo emirato confirmó á Moez ben Zeiri, comenzó sus incursiones periódicas por el lado de Cataluña, y alcanzó una victoria cerca de Lérida (1003). En el otoño de aquel mismo año, despues de un corto descanso en Córdoba, pasó con grande ejército á tierras de Leon, y al decir de los historiadores árabes, venció en un encuentro á los leoneses, se apoderó otra vez de la capital y destruyó lo que había quedado en pié en la ocupacion de su padre: relacion que está en manifiesta discordancia con la que de esta expedicion nos cuenta el arzobispo don Rodrigo, el cual dice expresamente que Abdelmelik en esta tentativa fué puesto en vergonzosa fuga por los cristianos (1).

Continuó el hijo de Almanzor sus incursiones periódicas, ni notables por su brillo ni fecundas en resultados, hasta el 1005 en que otorgó á los cristianos una tregua, que equivalió para ellos á una paz. Debieron mover á los leoneses á solicitar esta transaccion algunas desavenencias ocurridas con el conde de Castilla, y apoyó y esforzó su instancia el walf de Toledo Abdallah ben Abdelaziz, uno de los mas antiguos y fieles caudillos de Almanzor. Motivaba este interés del walf toledano en favor del monarca leonés lo siguiente: Entre las cautivas cristianas que Abdallah tenía en su poder se hallaba una hermosa doncella, hácia la cual concibió el walf una pasion vehemente. Supo que aquella linda jóven era hermana del rey de Leon y pidiósele en matrimonio. Accedió Alfonso á darle su hermana como medio y condicion de alcanzar la paz de Abdelmelik. Celebráronse las paces, y tambien las bodas muy contra la voluntad de Teresa, que así se llamaba la princesa cristiana. Cuenta la crónica que la noche de las bodas le dijo á su mal tolerado esposo: «Guárdate de tocarme, porque eres un príncipe pagano: y si lo hicieres, el ángel del Señor te herirá de muerte.» Rióse de ello el musulmán, y desatendió su intimacion. Mas no tardó en arrepentirse de ello, porque á poco tiempo se cumplió el fatal vaticinio, y como el wali sintiese acabársele la vida, llamó á sus consejeros y sirvientes, mandó que devolviesen á su hermano la jóven desposada, tan bella cautiva como infausta esposa, y que fuese conducida á Leon, acompañando el mensaje con ricos dones de oro y plata, joyas y vestidos preciosos. Abdallah falleció al poco tiempo: Teresa profesó de religiosa en un convento, y en este estado murió en Oviedo en el año 1039 (2).

Muerto Abdallah, y espirado que hubo tambien el plazo de la tregua, invadió de nuevo Abdelmelik las tierras de Castilla (1007), desmanteló á Avila, Gormaz, Osma y otras for-

(1) «Venció, dicen los escritores árabes de Conde, á los cristianos cerca de Leon, y se apoderó de la ciudad, y arrasó sus muros hasta el suelo, que ya antes su padre los había destruido hasta la mitad.» Capítulo 103.—«Habiendo congregado, dice el arzobispo don Rodrigo, un grande ejército sobre Leon, fué vergonzosamente ahuyentado, y se retiró ignominiosamente.... á cristianis turpiter effugatus, turpiter est reversus.» Hist. Arab. c. 32.—Estas contradicciones son frecuentes, y no es ya fácil apurar de parte de quién está la verdad.

(2) Pelag. Ovet. Cron. n. 3.

tal vez que los cristianos habían ido reparando: avanzó por Salamanca á Galicia y Lusitania, y regresó á Córdoba, donde solo se detuvo á preparar la campaña de la primavera siguiente. Empezó esta hácia el interior de Galicia (1008), «al frente, dicen las crónicas árabes, de cuatro mil jinetes escogidos, armados de corazas resplandecientes como estrellas, cubiertos sus caballos con caparazones de seda de dobles forros: seguía la caballería andaluza y africana, gente aguerrida que se había distinguido en las mas peligrosas ocasiones... Acometieron á los cristianos, y aunque eran los héroes de su tiempo, que todos habían entrado en muchas batallas y eran gente avezada á los horrores de las peleas, los atropellaron y rompieron sus almafallas, y se volvieron sobre ellos como dragones, y les pusieron en desordenada fuga, dejando el campo regado de sangre. Siguió Abdelmelik el alcance con su caballería, y reparados los cristianos en unos recuestos y pasos difíciles, se renovó la cruel batalla. Los infieles (continúa su crónica) pelearon como rabiosos tigres, y allí los musulmanes padecieron mucho. A favor de la oscuridad que sobrevino se retiraron los cristianos á sus ásperos montes, y los musulmanes viendo la horrible pérdida que habían sufrido se volvieron á las fronteras, y de allí por Toledo á Córdoba.» Esta fué la última campaña de Abdelmelik. A poco tiempo le acometió una grave enfermedad, de que sucumbió en Córdoba en el mes de Safar de 399 (octubre de 1008) con gran sentimiento de los buenos musulmanes, y no sin sospechas de que hubiese sido envenenado.

Había muerto ya la sultana madre; su hijo el califa Hixem continuaba vegetando en su alcázar entre juegos y placeres, y restaba otro hijo de Almanzor, llamado Abderrahman, tan parecido á su padre en el cuerpo y la fisonomía, como semejante en las cualidades del corazón y del entendimiento. Sin aptitud para los negocios graves ni disposicion para gobernar, dado al vino y á las mujeres, acostumbrado á pasar su vida entre juegos y festines, y aficionado á los ejercicios de caballería en que lucía su bella figura, fué no obstante nombrado hagib del califa como su padre y hermano, por los esclavos y eunuocos del palacio, conocidos con el nombre de Alamerías, que eran los que disponían de la voluntad del imbecil Hixem y de las primeras dignidades del imperio. Tan lleno de ambicion como escaso de mérito el nuevo ministro, no se contentó con tomar el pomposo título de Al Nasir Ledin Allah como Abderrahman III el Grande, lo cual revela bastante su presunción desmedida, sino que so pretexto de la falta de sucesion de Hixem, aunque todavía se hallaba en edad de poder tenerla, pretendió y obtuvo del mentecato califa que le declarara walf alhadí ó sucesor del imperio. Paso tan arrojado y pretencioso, á que no se había atrevido ni aun el mismo Almanzor, y que no dejó de traspirar aunque dado en secreto, no podía menos de indignar á los ilustres miembros de la familia Omniada, que se consideraban, y con razon, con mas derechos y mas títulos á la herencia del califato en el supuesto de morir Hixem II sin sucesion, y que si habían soportado el yugo de Almanzor, había sido solo por las relevantes prendas é indisputable mérito del ministro regente.

Distinguíase entre ellos el jóven Mohammed, biznieto de Abderrahman III, hombre de resolucion y de brio, el cual, dispuesto á atajar las orgullosas pretensiones de Abderrahman, pasó á las fronteras, habló, excitó y logró reunir en torno suyo á los muchos adictos á la familia de los Meruanes, y congregada una respetable hueste marchó á su cabeza derechamente sobre Córdoba. Informado de esta marcha Abderrahman, salió con la caballería africana y la guardia del califa á hacer frente á su competidor; pero este, hurtándole la vuelta por medio de una hábil maniobra, penetró atrevidamente en la capital, apoderóse del resto de la guardia y de la persona del califa, y cuando el hijo de Almanzor revolvió sobre Córdoba, ardiendo en ira y en despecho, confiado en el favor popular con que contaba por respetos á la memoria de su padre, halló la plaza de palacio ocupada por las tropas de Mohammed: empenóse allí un rudo y sangriento combate: el populacho en que confiaba Abderrahman, no solo se hizo sordo á sus órdenes, sino que se puso de parte de Mohammed; faltóle hasta la guardia africana, y cuando desesperado intentó retirarse, cayó

acribillado de heridas en poder de los enemigos: poco tiempo tardó en verse clavada en un palo la cabeza del usurpador cortada de orden de Mohammed (1009). Así acabó el segundo hijo del grande Almanzor: sus bienes fueron confiscados, y el pueblo, versátil en sus aficciones, desahogó su furor destruyendo el magnífico palacio de Azahira que Almanzor había construido para sí (1).

Comenzó el nuevo ministro por alejar del lado del califa todas las hechuras de sus antecesores y por rodearle de personas de su partido y confianza. Pero aguijóle pronto la impaciencia de reinar: al efecto hizo difundir primeramente la voz de que el califa había sido atacado de una enfermedad grave: el poco interés que el pueblo mostró por la salud de un soberano á quien no conocía y que nada significaba, inspiró á Mohammed el pensamiento de atentar á su vida, pero el eslavo Wadha á quien confió su designio, antiguo camarero de Hixem, y á quien por lo tanto conservaba un resto de cariño, pudo disuadirle de la idea de derramar sin necesidad una sangre inocente, y le sugirió la de encerrarle en una estrecha prision y publicar su muerte, lo cual era igual para sus fines. Accedió á ello Mohammed, y el califa fué sigilosamente encerrado. Para dar mas aire de verdad á la proyectada farsa, se discurrió y ejecutó lo siguiente. Había en Córdoba un cristiano por su desgracia y fatalidad muy parecido en edad, en estatura y en fisonomía al hijo de Alhakem y de Sobheya. Este infeliz fué de noche sorprendido y ahogado; y habiendo colocado su cadáver en el lecho mismo de Hixem, publicóse que el califa había sucumbido de su enfermedad. Creyólo el pueblo: hicieron solemnes y pomposas exequias al supuesto califa, y congregados los walfes y vazires, fué declarado sucesor del califato el hagib Mohammed, de la ilustre dinastía de los Beni-Omeyas (2), el cual tomó el título de Mahady Billah (el Pacificador por la gracia de Dios).

No justificaron en verdad los sucesos la adopcion de tan bello título. Habiendo determinado expulsar de Córdoba la guardia africana, aborrecida del pueblo y de ninguna confianza para él, insurreccionóse esta á la voz de sus jefes: los formidables zenetas y los rudos berberiscos atacaron bruscamente el real alcázar, y costó una lucha mortífera de dos dias el arrojarlos de la ciudad: la cabeza de su primer caudillo, que cayó en la retirada herido y prisionero, fué arrojada por encima del muro al campo africano. Un primo suyo, nombrado Suleiman ben Alhakem, á quien aclamaron por jefe, juró vengar tamaña afrenta, y partiendo para las fronteras de Castilla, invocó la ayuda y proteccion del conde Sancho García, ofreciéndole la posesion de varias fortalezas si le prestaba su auxilio contra el usurpador Mohammed. Acogió el conde castellano la proposicion, y un ejército cristiano, unido á los berberiscos de Suleiman, se encaminó hácia Córdoba. Salió al encuentro Mohammed con sus andaluces, y hallándose ambas huestes en Gebal Quintos, trabóse una tremenda batalla (conocida en la historia árabe por la *batalla de Kantisch*), en que las lanzas castellanas de Sancho se cebaron horriblemente en la sangre de los andaluces de Mohammed: veinte mil árabes quedaron en el campo (7 de noviembre de 1009), y Mohammed, el Pacificador por la gracia de Dios, tuvo que refugiarse en Toledo al abrigo de su hijo Obeidallah, walf de aquella ciudad. Suleiman, victorioso, merced á los robustos brazos castellanos, no se atrevió á entrar en Córdoba receloso del mal espíritu del pueblo contra las razas africanas. Un mes tardó en resolverse á entrar. Entonces se hizo proclamar califa con el sobrenombre de Almostain Billah (el protegido de Dios).

Con justa desconfianza estaba Suleiman en Córdoba. Sus africanos eran aborrecidos de las razas árabes que predominaban en el Mediodía de España. Estallaban continuas conjuraciones que tenia que ahogar con sangre, y en una ocasion se vió precisado á cortar la cabeza á un pariente suyo que intentaba suplantarle en el mando y á cincuenta cómplices mas. Sin embargo de ser africano, no carecía Suleiman de elevados

(1) Conde, cap. 104.—Almakari, en Murphy, cap. 3.—Roder. Tolet. Hist. Arab. c. 31.

(2) Roder. Tolet. Hist. Arab. l. c.—Conde, ubi supra.

sentimientos. Habiéndole descubierto el eslavo Wahda que el califa Hixem vivía y atreviéndose á proponerle que le repusiera en el poder: «Wahda, le respondió sin enojarse, yo lo desearia mucho, pero no es ocasion de entregarnos á manos tan débiles: su tiempo le vendrá.» Y como le hubiese aconsejado alguno que permitiese á sus soldados hacer una matanza de los cristianos que le habian favorecido, á fin de que nunca pudiesen ayudar á otro: «Jamás, contestó Suleiman con energía, jamás consentiré semejante maldad; han venido bajo mi fe y cumpliré mis juramentos.» Pero temiendo algun desman por parte de los suyos, dió licencia á los cristianos y los invitó á que regresaran á sus tierras colmándolos de riquezas y preciosos dones (1), lo cual ejecutaron ellos de muy buen grado.

Pero Suleiman habia enseñado á su competidor Mohammed á quién habia de recurrir para ganar victorias; y á la manera que aquel habia acudido al conde Sancho de Castilla, este desde Toledo solicitó el auxilio de los condes de Afranc, Bermond y Armengudi (Ramon Borrell, conde de Barcelona, y su hermano Armengol, que lo era de Urgel), los cuales mediante tratos y convenios le asistieron con una hueste de nueve mil cristianos, que Mohammed incorporó á treinta mil musulmanes de las provincias de Valencia, Murcia y Toledo. A la cabeza de los catalanes venian los dos valerosos condes Ramon y Armengol, y en las primeras filas ondeaban las banderas de los obispos de Barcelona, Gerona y Vich, que personalmente quisieron compartir con sus compatriotas los peligros de aquella guerra. Por primera vez los estandartes de Cataluña reflejaron en las aguas del Guadalquivir. Los ejércitos de los dos rivales mahometanos, Suleiman y Mohammed, se hallaron frente á frente en los campos llamados de Akbatalbacar (la colina de los Bueyes). Lanzáronse impetuosamente los berberiscos sobre las huestes aun no bien ordenadas de el Mahady, y hubieran sucumbido si las lanzas catalanas no hubieran inclinado la victoria en favor de Mohammed, y regado los campos con sangre africana. El triunfo fué tan señalado, que el año 400 de los árabes (el 1010 de los cristianos), en cuyo estío se dió este famoso combate, quedó señalado en la historia árabe con el nombre de *el año de los Francos*, que así llamaban ellos á los catalanes. Pero tan insigne triunfo fué comprado con noble y preciosa sangre cristiana. Allí pereció el brioso conde Armengol de Urgel; allí sucumbieron los tres venerables preladados, á quienes tal vez un excesivo celo religioso hizo preferir al ejercicio pacífico de su ministerio la vida inquieta y peligrosa de campaña (2).

Quedáronle abiertas las puertas de Córdoba á Mohammed; y Suleiman, que debió echar muy de menos el socorro de los castellanos, retiróse hácia Algeciras con intento de reclamar auxilios de Africa, despues de haber saqueado sus soldados el espléndido palacio de Zahara, llevándose las joyas y suntuosas colgaduras, las lámparas de oro y plata del alcázar y de la mezquita, y destruido con bárbara y salvaje mano una gran parte de los libros de su magnífica biblioteca; que así comenzó la deliciosa mansion del magnífico Abderrahman á ser destruida por los vándalos africanos. Salió Mohammed de Córdoba en persecucion de los fugitivos y dióse alcance en los campos del Guadiaro. Pero alumbrole en este enencuentro infausta estrella: arremetieron su hueste los berberiscos con impetuosa furia, y hubo de retirarse á Córdoba en desórden. Dedicóse á fortificar la ciudad, pero bullian ya, así en la capital como en toda la España musulmática, las parcialidades y los bandos. El eslavo Wahda, que tenia guardado al califa, servíase del secreto de su depósito como de un talisman para conservar su influencia y dársela á los eslavos sus compatriotas, que de este modo dominaban á Mohammed. Hubiera este querido conservar los auxiliares catalanes, pero siniestros rumores que corrieron acerca de atentados que contra ellos se proyectaban movieron al conde Ramon Borrell á volverse á Barcelona á

(1) Roder. Hist. Arab. c. 32 et 33.—Conde, cap. 105.

(2) Roder. Tolet. Ibid.—Conde, cap. 106.—Segun algunos, el conde Armengol no murió en esta batalla, sino en la de Guadiaro, y segun otros despues de haber salido de Córdoba á consecuencia acaso de las heridas recibidas en ella. Conde se contradice en dos páginas no muy distantes. De todos modos es cierto que murió en esta expedicion.

pesar de las protestas del califa. Invocó Mohammed el apoyo de los walfes de Mérida y de Zaragoza y de los alcaides de la frontera, y excusáronse todos bajo diferentes pretextos; y era que cada cual no pensaba ya sino en apropiarse algun despojo de un imperio que veian desmoronarse. Inquietábanle los africanos con incesantes algaras; á las calamidades de la guerra civil se agregaron las de una epidemia: faltaban en Córdoba las provisiones: todo el que podia abandonaba la ciudad, y sus mismas tropas se le desertaban para ir á incorporarse á los africanos. La situacion de Mohammed era desesperada y no sabia qué partido tomar.

Tomóle por él el astuto Wahda. De improviso y de su propia cuenta sacó de la prision al desventurado califa Hixem á quien todos creian muerto, y le presentó al pueblo en la maksura ó tribuna de la grande aljama. Entusiasmado el pueblo con tan inesperada novedad, se agolpó á la mezquita, y saludó con aclamaciones de júbilo al resucitado califa (junio de 1012), no viendo ya en él al príncipe imbécil, sino al legítimo soberano de una dinastía á quien amaba entrañablemente. Asustado Mohammed con los gritos de alegría que oia resonar por todas partes, ocultóse en una de las piezas mas apartadas de su alcázar: descubrióle un eslavo y le presentó al califa, que con energía desacostumbrada: «Ahora probarás, le dijo, el fruto amargo de tu desmesurada ambicion.» Y en el acto le hizo cortar la cabeza, que un vazir paseó á caballo en la punta de su lanza por toda la ciudad: su cuerpo fué desgarrado y hecho piezas en la plaza pública, y la cabeza enviada al campo de Suleiman como para que sirviese de leccion y de escarmiento al caudillo africano. Mas el uso que de ella hizo Suleiman fué embalsamarla y hacerla conducir con diez mil miteales de oro al walf de Toledo Obeidallah, el hijo de Mohammed, que se preparaba á vengar á su padre, con el mensaje siguiente: «Ahí va la cabeza de tu padre Mohammed: así recompensa el emir Hixem á los que le sirven y le restituyen el imperio: guárdate de caer en manos de este ingrato y cruel tirano: si buscas seguridad y venganza, Suleiman será tu compañero.»

La carta y el presente surtieron el efecto que se apetecia. Obeidallah, antes rival y enemigo de Suleiman, se unió á él para combatir juntos al verdugo de su padre, y con este fin habia salido ya de Toledo. Súpolo el eslavo Wahda y partió de Córdoba con un cuerpo escogido de caballería en direccion de aquella ciudad. Conocedor de la importancia y del valor del auxilio de los cristianos, le solicitó del conde Sancho de Castilla haciéndole ventajosas proposiciones. Pero habíase anticipado ya Suleiman y Sancho le contestó: «Seis fortalezas me ofrece ya Suleiman: si Wahda me promete por lo menos otras tantas, preferiré emplear mis armas en favor del califa Hixem.» Duélenos ver á un soberano de Castilla adjudicar su poderosa espada y disponer de los brazos castellanos en favor del mejor postor de entre los competidores musulmanes, pero así era por desgracia (3). Wahda hizo su puja y Sancho se decidió por él, y con ayuda de los cristianos se apoderó fácilmente de Toledo. Volvió el joven Obeidallah contra el enemigo, pero batido en Maqueda por musulmanes y cristianos, desbaratada su hueste y hecho prisionero él y sus principales oficiales, fué enviado á Córdoba, donde el califa Hixem, convertido despues de su resurreccion de imbécil y mentecato en déspota terrible, como si realmente hubiera renacido con otra naturaleza, hizole dar una muerte tan cruel como la de su padre, y su cuerpo decapitado y mutilado fué arrojado al rio (1013). Dejó Wahda el gobierno de Toledo al poderoso y noble jeque Abu Ismail Dilnum, y despues de haber entregado á los cristianos algunas de las fortalezas contratadas y despedidos los grandes dádivas y promesas (4), tomó la vuelta de Córdoba. Premióle largamente el califa Hixem y dió á sus eslavos y almerías á título de perpetuidad las alcaldías y tenencias de Murcia, Cartagena, Alicante, Almería, Denia, Játiva y otras: costumbre y manera de premiar imprudentemente introdu-

(3) El arzobispo don Rodrigo, Hist. Arab. c. 37.

(4) De las siete fortalezas prometidas solo se mencionan como entregadas cuatro, San Estéban, Coruña del Conde, Osma y Gormaz, y algunas otras casas en Extremadura. Chron. Burgens.—Annal, Complut. y Compostel.

cida por Almanzor, y principio y fundamento de los reinos independientes que no habian de tardar en nacer (1).

La situacion de Córdoba y de toda Andalucía estaba bien léjos de ser lisonjera. Quejábanse amargamente los nobles de la preferencia que Hixem y su ministro daban á los eslavos y almerías. Criticábanlos ágramente por el suplicio de Obeidallah, que al fin habia sido hecho prisionero peleando contra cristianos. Ardía la capital en discordias y partidos, y Suleiman, que con sus correrías no dejaba un momento de reposo al país y estaba informado del descontento de la poblacion, traspuso á Sierra Morena, visitó y escribió á los walfes de Calatrava, Guadalajara, Medinaceli y Zaragoza, ofreciéndoles la posesion hereditaria de sus gobiernos y reconocerlos como soberanos feudatarios sin otra carga que un ligero tributo, si le ayudaban á libertar á Córdoba del tirano protector de los eslavos. Aceptaron ellos la proposicion y le asistieron con sus personas y sus banderas. Aproximóse con este refuerzo Suleiman á Córdoba, desolada simultáneamente por la peste, la miseria y los partidos. Huian otra vez las gentes de la ciudad, acosadas por la penuria. Desde Medina Zahara, donde Suleiman sentó sus reales, mantenía inteligencias con algunos nobles cordobeses por medio de los tránsfugas que iban á su campo. En tal conflicto el ministro Wahda creyó oportuno escribir á los walfes edrisitas de Ceuta y Tánger pidiéndoles ayuda y haciéndoles grandes ofrecimientos, mas luego mudó de parecer y guardó las cartas. No faltó quien le denunciara

(1) La relacion de los sucesos de estas guerras, que hemos tomado de los autores árabes de Conde y de los historiadores latinos españoles, difiere en muchos incidentes de la que hace el señor Dozy con arreglo á otras historias árabes que él ha consultado (*Recherches sur l'Histoire, etc.* tom. I, desde la pág. 238 hasta la 268).

El autor de esta obra, titulada: *Recherches sur l'Histoire politique et littéraire de l'Espagne pendant le moyen age*, comenzada á publicar en Leyden en 1849, se muestra en ella profundamente versado en la historia de la dominacion de los árabes en España y gran conocedor de los autores árabes, cuyas palabras textuales cita, copia y coteja con frecuencia en sus propios caracteres, al mismo tiempo que manifiesta no serle extraño lo que en otras lenguas se ha escrito antigua y modernamente así en España como en otros países, por lo menos en lo relativo al oscuro período que se propone examinar. Escudriñador é investigador minucioso, pero crítico severo, duro, inexorable, confesamos que no han podido menos de introducir en nuestro ánimo zozobra, confusion y desconfianza las atrevidas proposiciones que con aire de infalible magisterio sienta en el brevisimo prólogo en forma de epístola de su obra y en el discurso de toda ella. El señor Dozy con un rigor desapiadado parece haberse propuesto dar al traste con todas las ilusiones de los que creíamos que despues de las publicaciones de Casiri, de Conde, de Gayangos y de otros orientistas nacionales y extranjeros, podíamos ya saber algo de la historia de los árabes españoles. El señor Dozy tiene la crueldad de decirnos que no sabemos nada, porque estos escritores no lo sabian ellos mismos. Copiaremos algunas palabras de su prólogo.

De Casiri dice, que «sus extractos dejan mucho que desear en punto á exactitud; que no estaba suficientemente familiarizado con la materia que intentaba esclarecer, y que por otra parte no se distingue por un juicio sólido y claro.»—Es, sin embargo, á quien trata con mas compasion y con menos dureza—«Conde (dice) trabajó sobre documentos árabes sin conocer mucho mas de esta lengua que los caracteres en que se escribe; pero supliendo con una imaginacion en extremo fecunda la falta de los conocimientos mas elementales, con una imprudencia sin ejemplo ha forjado fechas á centenares, inventando millares de hechos, haciendo siempre alarde de quien pretende traducir fielmente textos árabes... Los historiadores modernos, sin sospechar que eran unos simples engañados por un falsario, han copiado muy cándidamente todas estas mentiras: algunos han dejado atrás á su mismo maestro combinando sus invenciones con los autores latinos y españoles á quienes de esta manera calumniaban...» «En resumen (dice mas adelante), si contamos solo con el libro de Conde, considerado siempre como el mas importante y el mas completo sobre la historia de la España árabe, el público de hoy, y hablo aquí de los literatos no orientistas, no tiene mas medios para instruirse en esta historia que los que tenia el público para quien escribió Morales en el siglo xvi. Es peor todavía: los que han leído y estudiado á Conde, se hallan en la necesidad de hacer todo lo posible para salir de este abominable camino en que se los ha extraviado, de olvidar todo lo que habian aprendido... Porque se deberá considerar de hoy mas el libro de Conde como si no existiera (*comme non avenu*)... etc.»

Con muy poca mas piedad trata el señor Gayangos, de quien dice desde luego que «su libro no ha reemplazado al de Conde.» Y nos seria fácil citar muchísimas páginas en que hace una crítica acre y amarga de su traduccion de Almakari, ya suponiendo que no ha entendido bien el

al califa como uno de los que se correspondian secretamente con Suleiman. Fuese verdad ó calumnia, vióse el ministro Wahda preso por aquel mismo califa á quien él mismo habia tenido tanto tiempo aprisionado: hizosele capítulo de acusacion de aquellas cartas que se hallaron en su poder, escritas, segun muchos piensan, con acuerdo del califa y que nada revelaban menos que la inteligencia que se le suponía con Suleiman, y á pesar de todo, aquel Hixem, que al cabo le era deudor de la vida y del trono, sin consideracion de ningun género condenó á muerte á su antiguo servidor; que parecia haberse propuesto aquel malhadado califa desquitarse en pocos dias á fuerza de crueldad inflexible de la torpe flaqueza de tantos años. Fué el desgraciado Wahda reemplazado por el walf de Almería Hairan, eslavo tambien, hombre distinguido por su valor y generosidad, por su benignidad y prudencia, y «el mas á propósito para salvar á Hixem si su fortuna no hubiese llegado ya al último plazo (2).»

Apretaba ya Suleiman el cerco de Córdoba, y Hairan se propuso cumplir con los deberes de hombre pundonoroso y de fiel hagib. Pero de poco le sirvieron ni sus nobles propósitos ni sus heróicos esfuerzos, que no es posible, dice oportunamente el escritor árabe, defender una ciudad que no quiere ser guardada, y en vano es sacrificarse por un pueblo que desea ser conquistado. Mientras él á la cabeza de sus eslavos rechazaba vigorosamente los enemigos que atacaban una puerta, el populacho arrollaba la guardia de la ciudad que defendia otra y la franqueaba á los africanos. Merced á

original, ya notando omisiones esenciales ó adiciones que dice haber hecho el traductor de su cuenta, ya haciendo indicaciones no muy embizadas que parece tienden á demostrar que de parte de este ilustrado traductor ha habido algo mas que descuido ó mala inteligencia. No se podrá en verdad argüir al señor Dozy de indulgente en sus juicios.

De todo ello deduce, que «la historia de España en su edad media hay que rehacerla.» «Yo creo, añade, que se hará bien en abandonar la senda hasta ahora seguida. En lugar de hacer historia será mejor estudiar y publicar desde luego los textos.»

Véase si decíamos con razon que el señor Dozy con sus palabras y su obra habia introducido en nuestro ánimo confusion y desconfianza, por lo mismo que su erudicion y los inmensos recursos literarios de que parece dispone no pueden menos de dar valor y peso á sus juicios. Dejamos, no obstante á los orientistas españoles y extranjeros (y en ellos comprendemos á todos los que hasta ahora han escrito de la historia de la España árabe) el cuidado de contestar á los gravísimos cargos que contra ellos envuelven sus dogmáticas y absolutas aserciones, y de demostrar (como esperamos y nos alegraremos de que lo hagan), que ni ellos han sido ó tan ignorantes ó tan falsarios, ni los que nos hemos valido de sus obras hemos sido tan cándidos y tan simples, ni acaso el señor Dozy sea tan infalible como él en sus arrogantes asertos supone.

Nosotros mismos, que no nos preciamos de orientistas, lo haremos ver fácilmente. Pongamos un solo ejemplo. En la relacion misma de los hechos en que tanto corrige á nuestros autores y que le hacen exclamar: «¡Así la pobre España no tendrá jamás una Historia! (pág. 256)» cuenta el crítico holandés que despues de la batalla de Akbatalbacar, Suleiman, que se habia retirado hácia Zahara, «en una noche abandonó aquella mansion con sus berberiscos, y se retiró sobre Xátiva (pág. 245).» ¿Sabe bien el señor Dozy donde está Xátiva? Pues está á nueve leguas de Valencia, y á mas de setenta ú ochenta de Córdoba y de donde estuvo Zahara, regular distancia para retirarse en una noche. Por lo menos los españoles no tenemos noticia de otra Xátiva que la Satabis de los romanos, la Xátiva de los árabes, San Felipe de Játiva hoy. Añade Dozy que Mohammed entró en Córdoba acompañado de los catalanes; que los berberiscos dejaron á Xátiva y avanzaron hasta Algeciras; que salió Mohammed de Córdoba en su busca, y se encontraron los dos ejércitos cerca del Guadiaro en las cercanías de Algeciras, donde se dió la segunda batalla: todo en el espacio de cinco dias que mediaron de uno á otro combate (del 15 al 21 de junio), en cuyo tiempo, si Suleiman y sus berberiscos anduvieron de Zahara á Xátiva y de Xátiva á Algeciras, tuvieron que andar cosa de ciento sesenta leguas por lo menos. El señor Dozy enmienda (en la nota primera de dicha página) al arzobispo don Rodrigo que en lugar de Xátiva nombra Citana, y á Conde que la nombra Citava. No conocemos hoy esta ciudad pero tenemos esto por menos malo, que hacer á Suleiman y á sus africanos ir donde no podian ni debian de ir, y andar lo que no podian ni debian andar. Y no debe ser otra Xátiva que la que nosotros conocemos, puesto que el mismo Dozy, hablando del principado de Almería, nos dice que «comprendía al N. E. las ciudades de Murcia, Orihuela y Xátiva (pág. 65).» De todos modos agradeceríamos al sabio orientista holandés que con su infalibilidad nos dispiera esta dificultad histórico-geográfica que nos ha ocurrido.

(2) Conde, cap. 108.—Roder. Tolet. c. 38.